

Caminando hacia el Parlamento de las Religiones

Vicente Merlo

¿Qué sentido tiene un nuevo Parlamento de las Religiones en este mundo cansado ya de escuchar gritos de agonía y advertencias acerca del camino de auto-destrucción que la humanidad parece haber emprendido? ¿No hay que reconocer que buena parte de las guerras, no sólo del pasado, sino también del presente, han poseído una dimensión religiosa importante? ¿No será mejor dejar que todas las religiones mueran de muerte natural, tras el reconocimiento de que son el opio del pueblo o una ilusión sin porvenir? ¿No es desde la política, la economía y la ciencia desde donde pueden ser resueltos los graves problemas que angustian a la humanidad actual?

El Parlamento del 2004, avalado por el éxito de sus tres celebraciones anteriores (Chicago 1893 y 1993, Cape Town, Suráfrica, 1999), tiene la oportunidad de mostrar el sentido de un encuentro de este tipo y poner de manifiesto que puede ser un paso adelante en el caminar de la humanidad hacia un mundo más pacífico, más justo, más libre, más solidario, menos dogmático, menos ciego ante la pluralidad de creencias y prácticas religiosas y espirituales, menos egoísta y etnocéntrico.

Este Parlamento no es un congreso de intelectuales en el que intercambiar sofisticados discursos, ni un mitin político en el que llegar a acuerdos o imponer la voluntad de la mayoría con fines prácticos. Intelectualidad y política han de estar integradas, ciertamente, en este encuentro en el que la palabra ha de ir acompañada de una auténtica escucha silenciosa (un silencio amoroso que ilumina el sentido de las palabras y posibilita la empatía), pero no pueden convertirse en los protagonistas. Del mismo modo, el afán proselitista ha de estar mitigado por la sincera apertura al discurso (y al rostro) del «otro», que no piensa como nosotros, que no practica lo mismo que nosotros, que quizás no habla la misma lengua ni posee el mismo color de piel, pero con el que compartimos ese anhelo de trascendencia, esa sed de lo Sagrado, esa voluntad de trabajar por un mundo mejor, ese compromiso de ser más humanos.

Desdichadamente, por estas latitudes todavía predominan alguna de las dos actitudes extremas, consistentes, una de ellas en un catolicismo conservador que se resiste a abandonar el exclusivismo religioso y cree poseer el monopolio de la verdad religiosa; la otra en un ateísmo militante o un agnosticismo en el que priva la indiferencia



por los asuntos religiosos, adobada con críticas irónicas o burlescas ante todo lo que suene a religión —y todo ello, a veces, en nombre de la ciencia o de una cosmovisión postmetafísica orgullosa de sí misma—. Pues bien, ni unos ni otros verán con buenos ojos esta celebración. Los unos por creer que atenta contra su olímpica posesión de la Verdad, los otros por considerar que participar en ello o incluso darle voz significa hacer el juego a fuerzas reaccionarias que más valdría aislar.

Quienes verán, probablemente, un mayor sentido a este Parlamento son aquellos que no han ahogado el latido de su corazón espiritual y sin embargo han superado toda militancia exclusivista y se hallan sinceramente abiertos a otras tradiciones, otros credos, otras formas de vida. Apertura que puede realizarse desde una actitud inclusivista, más o menos tolerante y empática, pero todavía convencida de participar de la revelación definitiva e insuperable (sea esta el Veda, el Buda, Jesús-el-Cristo, el Corán o cualquier otro fundador de religión o escritura revelada), o desde una actitud francamente pluralista que reconoce la igualdad, en principio, de todo camino religioso o espiritual para lograr la plenitud, la salvación, la liberación o la realización. Pluralismo no sólo como reconocimiento del hecho innegable de la pluralidad de religiones y caminos espirituales, sino como aceptación de la limitación intrínseca de toda presentación humana e histórica, necesariamente dependiente de un contexto cultural y lingüístico, cuando se trata de simbolizar, representar y hablar de la Realidad última, el Absoluto, Dios, el Misterio o lo Sagrado.

Quizás desde este pluralismo radical se podrá gozar más plenamente de esta celebración en la que la pluralidad de voces será uno de los rasgos distintivos. No obstante, independientemente de esta toma de postura, es necesario y urgente abordar tanto las diferencias significativas, con simpatía y tolerancia, como los muchos puntos que poseemos en común quienes, desde cualquier tradición religiosa o desde una espiritualidad que se quiere nueva y a la altura de los tiempos, creemos que el ser humano y la humanidad en su conjunto está atravesando una crisis histórica que nos invita a tomarnos de las manos, con los corazones unidos y buscar juntos el camino que queremos intentar recorrer. Pongámonos en camino hacia el Parlamento de las Religiones.

